

VALLE DEL GUADIELA / CUEVA DEL BECERRO (CAMINATA A LA LUZ DE LA LUNA - I)

C4414

Sólo Valle del Guadiela, sin Cueva:

C1112

Fecha: 30/05/99

Participantes: Ag, An, Ar, B, Cl, Cm, E, F, I, Mt, Mr, MiD, MiL, E.P.

Hora de inicio: 23:51 (29/05/99)

Hora de llegada: 07:04 (30/05/99)

Itinerario: Central de Los Toriles, Puente de Las Tablas, Molino de La Losa, Arroyo de la Virgen, Poblado de Sta. Cristina, arroyo de la Hocecilla, Cueva, Central de Sta. Cristina, Puente de las Tablas, Central de Los Toriles.

Distancia recorrida: 17,3 km.

Tiempo efectivo de marcha: 4h25m

Meteorología: nuboso, lluvia tenue, despejado (19 °C / 7 °C)

Altura máxima: --

Descripción:

Llegamos con los automóviles a la Central de Los Toriles muy pasadas las 23 h, apretando el hambre. A la luz de unos faroles dispuestos hábilmente, aprovechando la energía de las baterías de los autos, cenamos, emprendiendo la marcha con nocturnidad manifiesta pero sin alevosía alguna al filo de la medianoche, sin brujas. La luna, oculta tras las nubes (que en algún momento nos amenizarán la caminata con algunas gotas dispersas), pugna por lucir, consiguiéndolo definitivamente hacia las 2 h. Bajo su relativamente intensa luz, las sombras de los árboles y de los caminantes se agrandan, pero somos tantos que no cabe en la imaginación el atisbo de ninguna presencia de trasgo o demonios ocultos en la espesura. Llegamos al Molino de la Losa, materializándose la primera abdicación de los engolosinados con la molicie (en esta ocasión Ag, F y Mr), entregándose al indecete sesteo al borde del camino, mientras el resto bajábamos al molino, a su caz y a su represa para contemplar las bravas y nocturnas aguas del Guadiela.

Una vez el grupo reunido de nuevo, se continúa por la pista, unas veces junto al río, otras algo mas alejados, pero siempre entre los frondosos árboles que cobijan multitud de sonoros ruiseñores que nos obsequian con sus gorgoritos. Los cárabos suenan lejanos y las ranas cantan en las charcas; incluso un sapillo nos contempla sorprendido de nuestra insolencia cuando turbamos su paseo. Tras cruzar el Arroyo de la Virgen por un puente de piedra en su barranco vertical entre bellos cantiles, se nos abre el valle y acabamos divisoando entre los árboles las luces del dormido poblado. Junto a las primeras casas queda de nuevo el grupo disidente, ahora algo mas numeroso, pues se apuntan Cm y Mt, que aprovecharán la hora y media larga que durará la batida exploratoria del resto de edutoursianos a la búsqueda de las "misteriosas cuevas" en las paredes rocosas que cierran el valle del arroyo de la Hocecilla, para entregarse en los brazos de un Morfeo polar, apoyado por una manta que no podía enchufarse y una hermosa hoguera tardo-castoriana (por los jóvenes castores y por ser a deshora). Los otros, tras dos o tres meritorios pero fallidos intentos, oyen a Mi, encaramado en unos cantiles tras la espesura sura con Cl, el deseado grito de eureka, y se aprestan a explorar la que se revela como interesante y profunda cueva, aunque sin atisbo de misterio. Exploramos con emoción sus primeros 200 m (que no carecen de nada: agua, estalactitas, entrada secundaria, lago, etc.) progresando primero en fuerte ascenso (se trata de una enorme surgencia), y luego sumiéndonos hacia las entrañas del subsuelo hasta llegar a una bóveda sifonante que forma un lago. En el camino de regreso no faltó la emoción de una confusión en la ruta correcta y el apagado de todas las luces para "escuchar" a la cueva, empleando en el regreso hasta el exterior unos buenos 20 min.

Volvemos al lugar en el que quedaron los durmientes a tiempo de evitar que el relente acabara con ellos y, cruzando el río por la Central de Santa Cristina, emprender el regreso por la orilla izqda., lo que nos permite contemplar la espectacularidad de los acantilados que se desploman hacia el río desde el promontorio sobre el que se asienta el poblado. La fatiga comienza a hacer mella en los esforzados expedicionarios y la aurora, acompañada por el despertar del bosque y sus habitantes, nos permite, con las nuevas luces, contemplar nuevas y diferentes dimensiones del grandioso entorno. Tras cruzar de nuevo el río por el Puente de Las Tablas, vamos, sin contratiempos a nuestros vehículos, emprendiendo el regreso hacia la civilización con el sacrificio de los conductores, mientras el personal se repara con un bien merecido amodorramiento. Conseguimos llegar a nuestro amigo Ramos en Iriepal, que se aprestó en la confección de suculentos CHF y otras viandas (costillas, oreja, ensalada, etc.) por las que trocamos los proyectados churros, pues el esfuerzo bien lo merecía. Una vez dada cuenta de todo (Cl se quemó con unos huevos que le tendió el posadero), cada mochuelo volvió a su olivo, decidiendo los líderes (que son contestados, pero secretamente aplaudidos en especial por los mas levantiscos) que cada año se celebre una marcha nocturna para solaz de los administrados (que son todos los demás).



Fecha: 11/06/06

Participantes: E, JA, Li, Lu, R, E,P,

Hora de inicio: 01:30

Hora de llegada: 06:00

Itinerario: Herrería de Santa Cristina (La Ribera), Arroyo de la Hocecilla (La Vega), Cueva del Becerro, Las Fresnedas, regreso.

Distancia recorrida: 6,2 km.

Desnivel neto: 55 m

Meteorología: Despejado, luna CC (10/17 °C)

Desnivel acumulado: 78 m

Altura máxima: Las Fresnedas (Arroyo de la Hocecilla) (912 m)

Descripción:

Cenamos en la central de Los Toriles, a la luz mortecina de unas farolas repletas de miles de insectos achicharrados, continuando la (lenta) progresión por el precario carril, tras cruzar el río siguiendo el consejo de un lugareño de Alcantud.

Al final, llegamos a la central del Infiernillo, tras la que la pista sube y se convierte en definitivamente imposible para el coche de Li, que lo deja tras el puente del río; R sube hasta la primera casa del poblado, y allí empezamos la andadura, tras saludar a otros jóvenes colegas que se disponen a dormir, acampados en la parte alta del pueblo.

Nos introducimos en el valle del arroyo de la Hocecilla, tras el DGC que marca, con su portentosa memoria, la ruta a seguir entre tablares de huerta, alumbrado, según él, por la luna (que es gratis), mas en realidad por los frontales de los demás expedicionarios (que le salen igualmente de balde).

Sin apenas dudas, encontramos la cueva, gracias a la torrentera que sale de ella, remontando por el caos de piedras hasta su antro (aquí el DGC muestra nuevamente su retentiva, accediendo cómodamente por un camino lateral).

Tras vacilaciones a causa de las deficiencias en los aparatos de alumbrado de la benjamina, penetramos en las profundidades de la caverna; a unos metros de la entrada, Lu que decide que la espeleología no figura entre sus aficciones más destacadas, regresa a la entrada, aguardando al resto. El Cronista, que junto con el Íncrito, son los dos únicos conocedores de estas entrañas, dado que su luz flaquea, se apresura en llegar hasta la rampa de bajada a lago y regresa cruzándose con el cuerpo principal que avanza. Así espera junto a Lu el retorno de los compañeros que, tras errar la salida, deciden aventurarse por una chimenea secundaria, que descartan, aunque más tarde, JA y R la retoman con la ayuda exterior del Cronista, que habiendo oído sus voces por las cortadas, les indica el camino. Reemprendemos el avance junto al arroyo, desconociendo si hay o no continuidad, encontrando por fortuna una red de alcantarillado (?), o al menos eso indican las tapas de los registros, para la que se ha desbrozado una franja de bosque de ribera y por la que discurre una senda. La noche trae a nuestros sentidos olores y sonidos extraordinarios. En un punto, el sendero cruza el arroyo por un vado, lo que parece convenir a nuestros intereses, pues buscamos el Arroyo de Los Bajos, que debe estar en las proximidades, si hacemos caso al GPS.

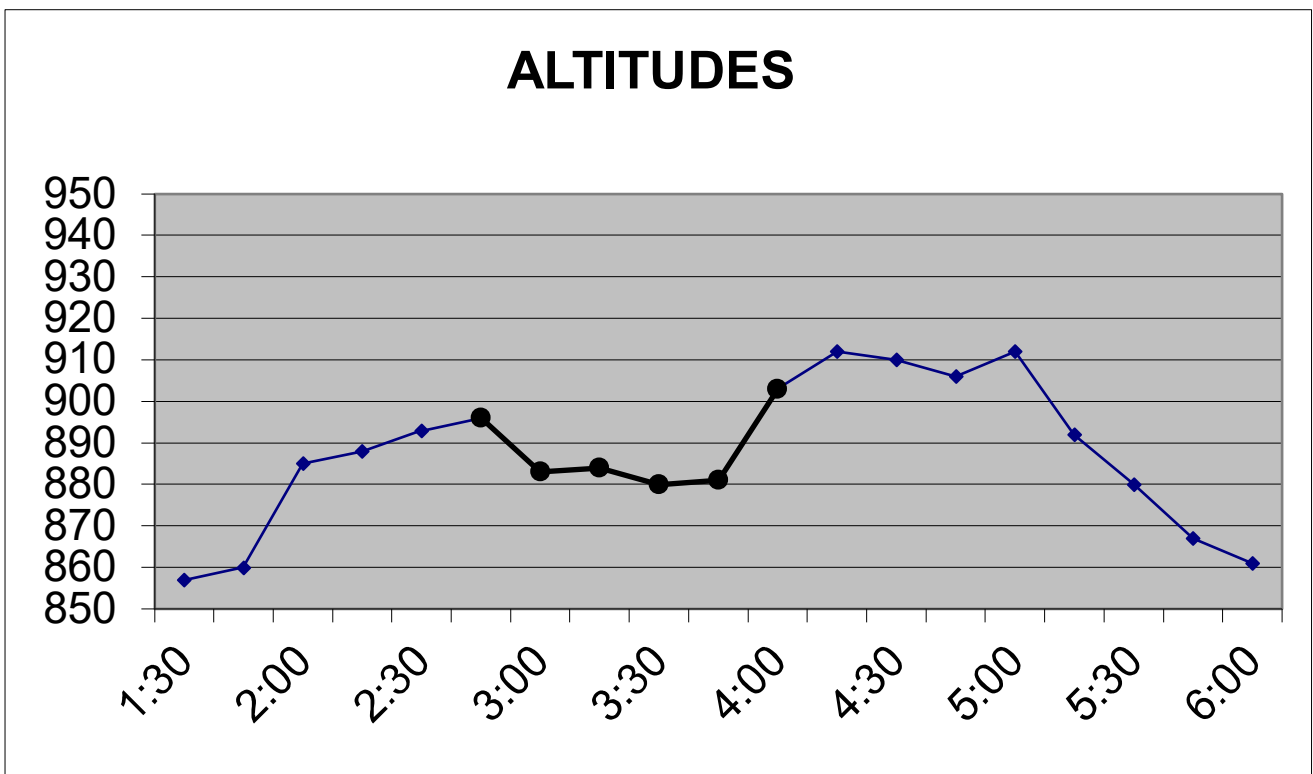
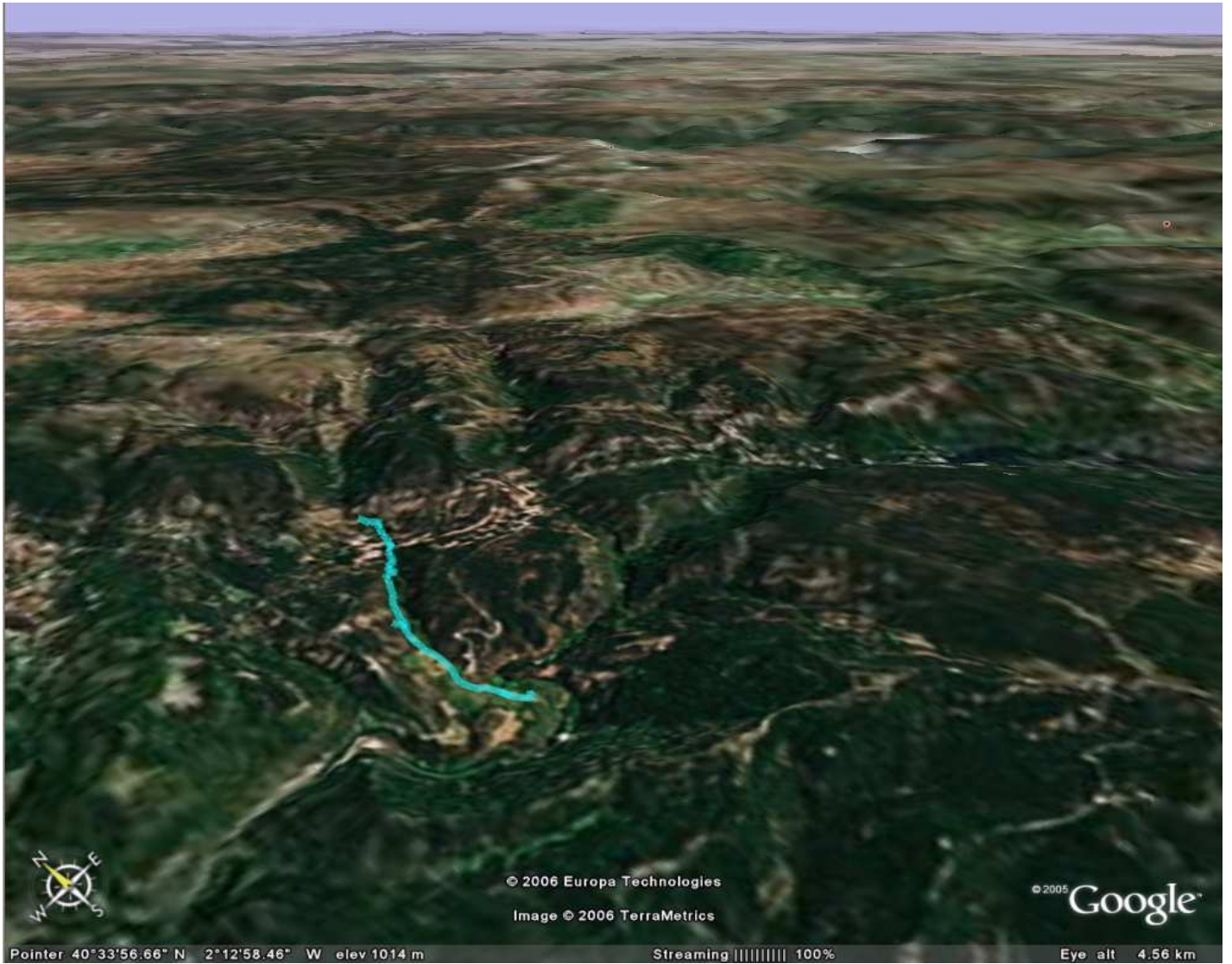
No obstante parece que el camino sigue otro rumbo y decidimos encaramarnos a una peña desnuda que ha visto R entre los árboles para orientarnos. En realidad tal decisión nos depara el momento más cautivador de toda la noche, sintiendo un espectacular hechizo al contemplar la luna, en un cielo limpiísimo, dando luz a los cortados que la enmarcan sobre el horizonte de quietud, cubierto por los silentes bosques; sin duda, es un momento imborrable, que permanecerá en el recuerdo de cada uno de nosotros para siempre, y comentamos lo afortunados que somos.

Decidimos retomar el rumbo que seguíamos, pero acabamos cayendo en la cuenta de que continuamos paralelos, con rumbo NNE, al arroyo. Ya hemos asumido hace rato que no podremos completar nuestro itinerario, y esta nueva contrariedad, a la vista además de lo avanzado de la hora, no nos deja otra opción que regresar por donde vinimos. El año que viene, repetiremos esta ruta nocturna, pero habremos explorado previamente, de día, las posibilidades de eventuales caminos alternativos, que de noche no es posible encontrar.

Regresamos a Santa Cristina amaneciendo; el griterío de los pájaros nos acompaña en las huertas de La Vega. Tras cambiarnos recorreremos de regreso el largo camino por la pista hasta Alcantud, medio dormidos. Es de reseñar el esfuerzo de los conductores que a su tesón andariego han de añadir el (peor, por menos grato) de conducir.

Al final, en Iriépal damos cuenta de nuestros CHF, acabando así nuestra octava salida nocturna.

Autor: E.P.



VALLE DEL GUADIELA / CUEVA DEL BECERRO (CAMINATA NOCTURNA - XV)

C5113



Fecha: 06/07/19

Participantes: C, F, P, E.P.

Hora de inicio: 2:07

Hora de llegada: 7:07

Itinerario: Herrería de Sta. Cristina, C.E. de El Infiernillo, Puente de Las Tejas, Cno. del Estrecho de las Tejas, La Herrería, Cueva del Becerro, La Herrería.

Distancia recorrida: 14,6 km.

Desnivel neto: 15 m

Meteorología: despejado (18-8°C)

Desnivel acumulado: 235 m

Altura máxima: Cueva del Becerro (890 m)

Descripción:

Inicialmente esta ruta contaba sólo con P y el Cronista, aunque la feliz circunstancia de caminar el sábado anterior con F y C, propició el que se apuntaran al evento.

Procedentes de Alovera, llegamos a Carrascosa hacia la 1 de la madrugada. Dos mozos que pernoctan en la plaza del pueblo confirman el carril a tomar para bajar hasta La Herrería, empleando una hora en el trayecto de 10 km en parte por el precario estado del camino y porque también hacen alguna parada para ¿contemplar? el paisaje, es especial el magnífico cielo estrellado.

No hay Luna (ni la veremos a lo largo de toda la noche). Lo más silenciosamente posible para evitar alarmar al -escaso- vecindario, comenzamos la andadura poco después de las dos, bajando a la C.E. de El Infiernillo, que aprovecha las aguas que le llegan desde el embalse del Molino de Chinchá a través del canal que surca la Hoz de Tragavivos.

La negrura de la noche nos obliga al uso durante todo el trayecto de nuestros frontales, aunque procuramos mantener la iluminación lo más tenue posible para disfrutar del espectáculo celestial (en ambos sentidos).

A veces bajo impresionantes cantiles, otras oyendo el rumor de las aguas del Guadiela, lo acompañamos aguas abajo, alcanzando a vislumbrar su cauce en contadas oportunidades, tal es la espesura del bosque de ribera que lo acompaña. En amena charla (el firme de la pista es incomparablemente mejor que el del carril por el que llegamos desde Carrascosa) recorreremos los escasos 5 km que hay desde la Central hasta el pontón de las Tablas, sin barandilla pero firme.

Lo cruzamos cuando llevamos hora y tres cuartos de marcha. Poco más de diez minutos después (dos horas desde el inicio), hacemos un alto a la vera del camino para reponer fuerzas con los viáticos que cada uno acarrea, lo que nos lleva 25 minutos, y reemprendemos ruta de regreso a La Herrería.

La pista gana por este margen cierta altura sobre el cauce y se interna en la vaguada que forma el Arroyo del Hocinillo, salvando su cauce -seco- por un puente, volviendo luego a la traza en paralelo al Guadiela. Antes de alcanzar las casas de La Herrería, oímos el canto de los primeros gallos y una tenue claridad comienza a vislumbrarse por Naciente. Aún es de noche cuando alcanzamos las primeras casas de La Herrería y tomamos el camino de Carrascosa para abandonarlo a la salida del caserío, por el sendero, conocido, que nos va a llevar hasta el vallejo de la Hocecilla y la Cueva del Becerro.

Llegamos al antro cuando amanece tímidamente. Ya no hay agua a la entrada pero vemos con desaliento que el acceso por allí no va a ser posible, pues la fuerza del agua ha ahondado tanto el fondo que no se alcanza la rampa de subida a la embocadura. No hay más remedio que ir de nuevo a la entrada secundaria para acceder a su interior.

Como el descenso no es muy atractivo, F decide no intentarlo, y C tampoco, así que P desciende el primero, como la otra vez, auxiliando en la tarea al Cronista. Y juntos de adentran en las procelosas entrañas de la caverna.

Esta vez si pueden, con sumo cuidado desde luego, llegar hasta la bajada a la laguna que cierra el paso, en el nivel freático que siempre hemos visto. No obstante han debido ocurrir avenidas notables porque la morfología de la cueva está notoriamente cambiada. Parece que ha sido un breve lapso de tiempo, pero han permanecido en el interior unos cuarenta minutos, tiempo que C ha aprovechado para dar una cabezada.

Llegamos al coche poco después de las siete de la mañana. Hemos empleado exactamente cinco horas desde que salimos del mismo punto. Contemplamos la Hoz de Tragavivos y nos volvemos a Alovera.

Pero como apetece un desayuno, siquiera somero, hacemos un alto en Alcocer. Goyo abre a las 9 y la espera no es larga, así que nos apañamos unos cafés, con magdalenas artesanas de la casa, atendidos por una camarera que podría hermanarse con el ventero de Valsaín (cierto que hicimos abuso de las magdalenas gratuitas: entre los cuatro nos zampamos dieciocho o diecinueve). Y ya sin más, somnolientos pero felices, regresamos definitivamente.

Autor: E.P.

Edutours
RUTA N° 01-151

